
El duelo, entre la antropología y el psicoanálisis*

Araceli Colin

Estas reflexiones versan sobre el tema del duelo por dos razones: porque fue el tema de la investigación que realicé¹ con la tutoría de Noemí Quezada y por el motivo que nos reúne hoy en este espacio: su ausencia irremediable.

A modo de preámbulo quiero puntuar las preguntas que me surgieron.

- ¿Por qué muchos homenajes sólo pueden ser póstumos y no en vida?

- Cuando un autor muere, ¿su muerte produce cambios en la transmisión? Es decir ¿hay una resignificación de su legado? ¿Cuántos efectos de transmisión tiene una muerte?

- ¿Qué nos deja Noemí con su legado? No qué legado nos deja sino ¿qué nos deja con su legado a cada uno?

Para el psicoanálisis hablar de un duelo específico es poder situar el lugar de una falta y rodearla con palabras. Las palabras no llenan esa falta, sólo le marcan un contorno. Hablar de un duelo que se padece es un acto que consiste en restar de la cuenta de los vivos a seres que estuvieron con nosotros y ubicarlos en la cuenta de nuestras deudas por lo que nos legaron. En ese sentido este homenaje es un rito de duelo si consideramos además que en el rito la memoria tiene un lugar privilegiado del que ha dado cuenta la antropología como ninguna otra disciplina.

* Texto leído en el Foro en homenaje póstumo a la doctora Noemí Quezada Ramírez, el 5 de septiembre de 2003.

¹ Araceli Colin, *Ha muerto un angelito en Malinalco, del rito de duelo al duelo subjetivo*, tesis doctoral, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2001 (próxima publicación).

Según he escuchado, la voluntad de Noemí, para su realización póstuma, era que sus alumnos y exalumnos fuésemos avisados para participar en sus exequias. Cuando la red de contactos es enorme y algunas personas que la conocimos vivimos fuera del DF esta posibilidad de acudir al funeral se complica. ¿A quién le tocaría avisar? La familia avisa a los familiares, amigos y al instituto, pero ¿a quien le tocaría avisar en vacaciones a los alumnos y exalumnos? La muerte se escapa de nuestros ritos, se desborda.

Su muerte me deja un sabor a indignación si considero que su cáncer no fue detectado por los médicos, que ella frecuentaba, con oportunidad. La detección fue tardía. Pero esa ceguera podemos padecerla cualquiera de nosotros. Hay algo que no podemos leer en el otro: la huella de la muerte. Mi lectura de la comunicación de su muerte, también tardía, es que el experto excluye de su propio ámbito aquello que estudia afuera. Hay un dicho bien conocido que dice *en la casa del herrero azadón de palo*. Lo compruebo una y otra vez: constato que lo mismo pasa con el fenómeno del duelo entre los antropólogos. Podemos estudiar los ritos mortuorios en otra cultura,² pero no podemos escapar a la perplejidad, y la inhibición nos invade para realizar ciertos actos que hubiésemos querido hacer y postergamos por incomodidad con los más cercanos a nosotros.

Dice Michel Foucault que cada persona deja a su paso millones de huellas y se pregunta cómo puede definirse la obra de un autor entre esas huellas.³ ¿Es sólo lo escrito y publicado? ¿Es también lo que le rodeó, o lo que quedó como borrador? Y agregaríamos: ¿la obra de alguien no comprende también sus actos, en la medida en que los actos son también escritura? Noemí dejó un legado en libros que daría para otro foro y un legado que no está escrito en papel sino en cada uno de los que convivimos con ella ¿cómo sabemos que está escrito? Porque produce transformaciones subjetivas, sociales, efectos en cadena. De su legado *escrito en acto* puntuaré sólo algunas cosas:

1. Su compromiso con la producción de cada uno. No sólo se interesaba por cuidar la coherencia lógica de las tesis, sino de revisarla

² Existen cientos de artículos sobre el tema de la muerte, pero muy escasos trabajos sobre el duelo.

³ Michel Foucault, *¿Qué es un autor?*, Universidad Autónoma de Tlaxcala, México, 1985, p. 14

toda, con puntos y comas. La inversión de tiempo que implicaba hacer eso con cada uno de los borradores era enorme, y no la escatimó.

2. Su respeto por las reglas y las normas como un regulador de los procedimientos. Era una persona que no transigía en sortear ninguna regla.

3. Su coherencia entre decir y hacer, que habla del valor que daba a la palabra como objeto que se apuesta y compromete.

4. Su búsqueda por constituir comités tutorales que pudieran dirimir sus diferencias teóricas y no se tradujeran en embudos insufribles que entorpecen el avance de las tesis.⁴

5. La puesta en suspenso de sus propias ideas para no imponerlas al asesorado, lo que implica un gran respeto por el otro. ¿Cuántos tesisistas escriben bajo dictado de su tutor?

El psicoanálisis y la antropología tienen muchos tópicos de estudio en común aunque sus métodos son bien diferentes. Comparten también un mediador fundamental: el lenguaje, entendido por ambas disciplinas como precipitado de la cultura y agente de la subjetivación. De todos esos tópicos en común quisiera destacar tres: *la muerte, la sexualidad y el poder* comprometidos con el duelo. El psicoanálisis, a diferencia de la antropología tiene un objeto articulador de todos sus tópicos de estudio: *el inconsciente*. Entendido como lo aún no nombrado, lo no realizado, lo que está en potencia en el lenguaje y es al mismo tiempo motor de un decir y distinto en cada sujeto.

De estos tres tópicos Noemí tenía interés por la sexualidad, las relaciones de poder entre los sexos y el psicoanálisis. El interés por este último se produjo a partir de su encuentro con un analista frommiano.⁵ En otro momento participó con Jacques Galinier⁶ de lecturas y seminarios sobre textos de Freud, según me refirió ella misma. Estoy en deuda

⁴ El asesorado puede constituirse en el lugar "sede" de un conflicto de poder entre los miembros de un comité tutorial con ideas antagónicas o simplemente muy diferentes, cuya conciliación es poco viable, situación que genera parálisis e inercias de diverso tipo que ni el comité ni el asesorado pueden leer y menos aún dirimir.

⁵ Erich Fromm sentó escuela en México y dictó seminarios desde los años 50. Fue docente en la UNAM.

⁶ Jacques Galinier escribió una obra fruto de su investigación con los otomíes en la que se refleja su interés por articular sus hallazgos etnográficos con el psicoanálisis: *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*, trad. de Angela Ochoa, UNAM/CEM/INI, México, 1990, 746 pp.

con su apertura para que yo pudiera tejer algunos hilos con un tema fronterizo, *el duelo*, entre esas dos disciplinas, la antropología y el psicoanálisis. Noemí al no obstaculizar mi camino me permitió darle curso a mis preguntas.

Sin muerte no hay sexualidad. Es la condición de ser mortales lo que introduce en la vida la dimensión erótica. Si fuésemos eternos no habría erotismo. Es la falta la que nos pone en posición deseante. Lo inconsciente, como *lo no realizado*⁷ se puso en escena durante la escritura de mi tesis, pues en mi ex pareja apareció un cáncer cuyas complicaciones hospitalarias lo pusieron al borde de la muerte. Me vi comprometida con esa situación y los cuidados que él requería al mismo tiempo que escribía sobre el duelo. Era también el duelo por el fin de esa relación. Lo inconsciente se revela en acto. Meses después aparece el cáncer en Noemí, y el calvario de las quimioterapias. ¿No es acaso que, en el límite de la palabra que se intenta escribir, la realidad del fenómeno que pretendemos estudiar se revela y se rebela y nos muestra que la muerte nos acecha?

La muerte y el poder

El poder de la muerte es terminar abruptamente con el supuesto poder imaginario, o real, que creemos tener. Por eso la negamos una y otra vez en nuestras vidas. Nuestra primera frase, cuando nos enteramos de una muerte, es “¡No puede ser!” “¡Pero si yo la/lo vi ayer!”

En nuestro decir está presente la muerte; la palabra es posible porque somos mortales. Es la huella de nuestra condición mortal la que permite el símbolo. No hay símbolo sino de lo que está ausente. Gracias a esa huella, la falta se hace deseo y da sitio a la sexualidad en nuestras vidas, y al poder. El poder como señuelo imaginario de que no

⁷ *Lo no realizado* es diferente en cada sujeto en función de su historia, de los significantes con los que se ha tejido esa historia, incluso de las generaciones que le antecedieron y de los propios actos que el sujeto realiza para ir configurando una vía a su deseo. Esa dimensión de lo no realizado comprende para cada sujeto el azar que a veces es afortunado y a veces desafortunado. Véase: Lacan, *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*, Paidós, México, 1977, 173 pp.

hay falta, de que con ese objeto *fálico*⁸ lo tenemos todo. El poder es la insignia que pretende negar la propia muerte, la condición escindida, la propia ignorancia y la propia vulnerabilidad.

¿Por qué son más numerosos los homenajes póstumos que los que se realizan en vida? Más que una generosidad con el difunto es una necesidad de hablar de los que nos quedamos con la deuda; una deuda por lo no reconocido en vida. Si es un rito de duelo entonces siempre tendrá que ser póstumo. ¿En qué medida un homenaje calma nuestra culpa? Tal parece que es el único reconocimiento que podemos aceptar del otro. No pocas veces se me ocurrió hacerle un homenaje en vida, pero de ahí no pasé. ¿Qué habría pasado con nuestra relación hacia ella, o qué habría pasado con las relaciones de poder entre colegas si se le hubiera hecho un homenaje en vida? No es lo mismo reconocerle a título individual la gratitud que uno tiene, que hacer de eso un acto público. Bien decía Freud, que la expresión "Tan bueno que era" ponía en evidencia la represión de la hostilidad, que inevitablemente se produce en vida en las relaciones humanas, por el acontecimiento de la muerte.

La deuda nos pone en condición de falta, por eso somos deudos, se trata de una deuda simbólica que no se puede pagar con nada; acaso la única posibilidad es retransmitir la deuda a otro aceptando que si asesoráramos alguna tesis, luego de realizada la función, quedamos destituidos de ese lugar o en condición de resto de esa operación. Así termina la vida... con restos. Cuando un ser querido muere nos revela de modo brutal en qué lugar nos hacía falta, y siempre nos toma por sorpresa.

⁸ El *falo* en sentido de Jacques Lacan, no es el pene, es lo que representa una potencia y es independiente del género. El pene se presta para representar esa potencia por sus atributos de erección y detumescencia. Las potencias se erigen y luego caen, ninguna potencia es eterna. El *falo* en sentido estricto no es una imagen ni un símbolo sino el significante de una potencia y al mismo tiempo de la falta, ya sea para un sujeto o para una cultura. J. Lacan, "La significación del falo" en *Escritos 2*, Siglo XXI, México, 1988, pp.665-675.